



Panamá país de las paradojas

Por: Manuel Castillero

Analista del CNC

Recientemente la cadena internacional de noticias CNN comentó que Panamá es el segundo país con mayor ingreso en toda la región, luego de Chile. La información provenía de la empresa Latinvex la cual a su vez se basaba en datos del Fondo Monetario Internacional (FMI).

Desafortunadamente esta información contrasta con otros datos, también divulgados recientemente en este caso por el Banco Mundial, según los cuales Panamá estaría a nivel mundial entre los 20 países con peor distribución del ingreso.

Más aun en marzo del corriente según la Encuesta Mundial de Costo de Vida, elaborada por la Unidad de Inteligencia Económica de la prestigiosa revista "The Economist", Panamá era uno de los diez países más baratos para vivir.

Sin embargo esto último contrastaba con el hecho de que la mayoría de los panameños, y así se constata a través de diversas encuestas (como la de Dichter & Neira publicada en agosto pasado), señala que su principal preocupación hoy por hoy es precisamente el alto costo de la canasta básica.

Así mismo Panamá tiene una de las tasas de desempleo más baja de la región (en este momento se ubica en 4.5%). Sin embargo ello contrasta con el hecho de que, de acuerdo con cifras de la propia Contraloría General de la República, la informalidad laboral en Panamá ha venido demostrando una tendencia al alza a partir del 2008, para ubicarse este año en un altísimo 37%. ¿Qué explica estas contradicciones en cuanto a que un país tan prospero a la vez presente tan marcadas inequidades?

Parte de la explicación radica a nuestro parecer en la estructura dual de la economía panameña que se caracteriza por el funcionamiento de sectores (terciarios) de alta productividad orientados al mercado global que coexisten con otros (primario y secundario) que presentan una baja productividad y están orientados hacia el mercado interno. La otra explicación deriva del carácter extractivo del modelo panameño que encuentra asidero en la ausencia de una sólida institucionalidad que garantice la pluralidad política y la participación amplia de todos los segmentos de la sociedad.

Precisamente el Foro Económico Mundial (FEM) publicó recientemente un balance sobre diversos indicadores obtenidos por Panamá este año en cuanto a su competitividad y otros elementos fundamentales. Uno de los que destaca es precisamente la ausencia de una sólida institucionalidad, la falta de rendición de cuenta, y la ausencia de independencia judicial.

Dichos factores hacen dable suponer que desafortunadamente en Panamá podría estar rigiendo lo que algunos expertos definirían como un modelo excluyente que se caracteriza entre otros por la falta de competencia entre los agentes económicos, así como la prevalencia de preferencias y privilegios para ciertos grupos en determinadas actividades económicas, todo lo cual conduce a grandes ineficiencias e inequidades.

Otro de los elementos que destaca el informe es que, a pesar de los recientes avances, persisten en Panamá rezagos en materia de educación y salud pública, lo que provoca que un amplio segmento de la población quede relativamente marginado del proceso de crecimiento.

Sin la necesaria representatividad política difícilmente los sectores excluidos pueden influir de modo decisivo en la formulación y ejecución de políticas públicas que incidan en su favor. De allí la importancia de promover un replanteamiento del modelo nacional y que este se fundamente en una mayor pluralidad y consolidación democrática que tenga sobre todo un carácter más incluyente y que permita que Panamá sea un país con alto crecimiento, de manera sostenible, y que a la vez incluya a los grandes sectores marginados. Es esta la fórmula inexorable e infalible para el desarrollo.